

# SACERDOCIO COMUN DE LOS FIELES Y SACERDOCIO MINISTERIAL

## SUMARIO

Suponemos conocido de los lectores todo lo referente a la *existencia* del sacerdocio común de los fieles atestiguada por el Nuevo Testamento y por la tradición viva de la Iglesia; la doctrina del Vaticano II, el primero en la historia de los Concilios en aportar los elementos necesarios para una sistematización teológica; la problemática postconciliar tal como se describe en el Documento sobre "*El Sacerdocio ministerial*" del Sínodo de los Obispos de 1971, y en la Declaración "*Mysterium Ecclesiae*" de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la fe (24 de junio de 1973) que vuelve a ocuparse del tema "para que aparezca claramente, dentro del actual confusionismo de ideas, cuál es la fe y la doctrina que los fieles deben profesar libremente".

Dando este por supuesto, desarrollaremos nuestro trabajo conforme al siguiente esquema:

- 1.— Naturaleza y funciones del sacerdocio común de los fieles.
  - 1.1. Originalidad del sacerdocio de Cristo.
  - 1.2. Función *real-existencial* del sacerdocio común.
  - 1.3. Función *litúrgico-sacramental*.
  - 1.4. Relación entre ambas funciones.
- 2.— Razón de ser del sacerdocio ministerial.
- 3.— Relaciones entre los dos sacerdocios.
- 4.— Sacerdocio común y compromiso cristiano por la transformación del mundo.

### *1. Naturaleza y funciones del sacerdocio común de los fieles*

De sacerdocio común de los fieles sólo puede hablarse si cada miembro de la comunidad eclesial es capaz de ejercer, y realmente ejerce, poderes o

funciones sacerdotales. Por eso se impone la pregunta: ¿cuál es concretamente su contenido *real*? Para responder a esta cuestión hemos de investigar ante todo qué es y en qué consiste el sacerdocio de Cristo, ya que el de los cristianos no es sino una participación de aquél.

### 1.1. Originalidad del sacerdocio de Cristo

Sacerdocio y sacrificio son dos magnitudes inseparables. La función característica del sacerdote en la Historia de las Religiones consiste en ofrecer sacrificios. Más aún, en el Nuevo Testamento la concepción sacerdotal de la Persona de Cristo procede de la concepción sacrificial de su obra, particularmente de su muerte. De la "teologización" de su muerte como acción sacrificial, se pasó lógicamente a considerarle a El como Sacerdote. Ese parece haber sido el camino y no el inverso (1). De ahí que para la comprensión del sacerdocio cristiano como participación en el sacerdocio de Cristo haya que partir de una *teología del sacrificio* de Cristo. La cual presupone a su vez una descripción del sacrificio tal como aparece en la Historia de las Religiones en general y en la religión de Israel en particular. Sólo así se puede llegar a establecer comparativamente la singularidad única del sacrificio de Cristo y, consiguientemente, la originalidad de su sacerdocio.

Por lo que se refiere a la *Historia de las Religiones* nos limitaremos a resumir los datos recogidos por Juan Martín Velasco bajo el epígrafe "El sacrificio, expresión cultural de la actitud religiosa" (2). La acción sacrificial es una expresión de la actitud religiosa del hombre (es decir, de su relación con la divinidad) que comprende los momentos siguientes:

- voluntad de entrega a la divinidad: ofrecimiento de dones;
- experiencia de la distancia en relación con la misma: expiación;
- intención de unión íntima con ella: comunión sacrificial.

De esta pluralidad de aspectos intencionales se deriva la pluralidad de formas sacrificiales, según predomine uno u otro de esos aspectos.

La primera y más elemental forma de sacrificio es el *ofrecimiento de dones*. Cualquiera que sea el don que se ofrece (un miembro de la familia,

---

(1) Cf. J. ALONSO, S.J., *La vida y muerte de Jesús dentro del esquema de pensamiento del sacrificio*: Cultura Bíblica 30 (1973) 67.

(2) En la obra de J. GOMEZ CAFFARENA, y J. MARTIN VELASCO, *Filosofía de la Religión*, Madrid 1973, 167-171.

un animal, las primicias del campo, etc.), en él el oferente se entrega a sí mismo. *Dar* es ponerse en relación y participar con una segunda persona por medio de un objeto, que propiamente no es un objeto sino parte de uno mismo. Dar es aportar a una existencia extraña algo de sí mismo de forma que se establezca una estrecha unión. Así pues, el ofrecimiento religioso de dones no es un negocio que el hombre quiera realizar con la divinidad; es la expresión a través de una realidad visible del aspecto de entrega que comprende la actitud religiosa.

El objeto de la segunda forma de sacrificio, el de *expiación*, es una víctima que se destruye en la acción sacrificial. Como en el caso anterior, la víctima reemplaza a quien la sacrifica y, en definitiva, a todo el pueblo que toma parte en el sacrificio. Tiene aquí lugar la experiencia de la distancia del hombre con relación al Misterio, que se traduce en la conciencia de pecado y en la necesidad de purificación que la acompaña.

Dentro de la tercera forma de sacrificio, el de *comuni6n*, se distinguen dos grandes tipos. En el primero la comunidad toma parte, juntamente con la divinidad, en un banquete común. Esta modalidad se basa en el vínculo que crea el hecho de participar de una misma mesa. Se reserva a la divinidad una parte del animal sacrificado, v.gr., la sangre o la grasa, y de esta forma participa del vínculo que une a los reunidos. El segundo tipo de sacrificio posee un carácter de comuni6n más hondo. El animal sacrificado representa a Dios mismo, y como tal representación es comido por los comensales. En ambos casos la relación con la divinidad alcanza su expresión más gráfica y se manifiesta un nuevo aspecto de la misma: la unión con la realidad divina, como término de esa relación. Se subraya además el carácter comunitario de la actitud religiosa y el valor de cohesión social que el hombre atribuye a su relación con la divinidad.

La simple descripción de las distintas formas de sacrificio nos permite descubrir el papel central que en él desempeña una realidad exterior al sujeto, aunque en estrecha relación con él, y en la que éste objetiva su intención religiosa de relación con lo divino. El hombre necesita sensibilizar el contacto con Dios. El sacrificio entra así en el ámbito de los *símbolos*. En él hay espíritu y cuerpo, un sentido íntimo y un modo sensible de expresión. El peligro entonces está en que la tensión entre el símbolo o rito (conjunto de ceremonias) y lo simbolizado (voluntad de unión con Dios) se altere e incluso se rompa, quedando reducidas las expresiones externas a formas estereotipadas, vacías de espíritu y de sentido, o a simples ritos mágicos. Es lo que de hecho ha acontecido en gran escala en la Historia de las Religiones.

Estas perversiones del culto se registraron también en la *religi6n de Israel*. Para la mentalidad popular el sacrificio era algo puramente externo y

formalístico. Consistía en una serie de ritos con los que, independientemente de la conducta moral, se pretendía influenciar a Dios y tenerle propicio. Contra la religión así entendida y practicada se dirigen las invectivas de los profetas. Bien analizadas en el contexto sus expresiones, no condenan al sistema sacrificial en cuanto tal sino sus desviaciones, es decir, el desplazamiento hacia lo ritual con mengua del espíritu del sacrificio. Los profetas son los primeros defensores del sacrificio *existencial*. Insisten en que la ofrenda de la propia vida llevada a cabo conforme a las prescripciones divinas es lo que vale, y en que los ritos sin el respaldo de una conducta recta son aborrecibles. El Deuteronomio, que está escrito después de las actuaciones de los grandes profetas, inculca todos los sacrificios tradicionales, pero insistiendo en que éstos deben ser el símbolo de las internas disposiciones de obediencia a la voluntad divina. La actitud del Deuteronomio sería normativa en los tiempos post-exílicos. Es especialmente interesante a este respecto la imagen del Siervo de Yahvé en cuanto figura profética de Jesús. El Siervo aparece como un profeta que lleva su fidelidad a la voluntad de Dios hasta la entrega de su propia vida en el cumplimiento de su misión. Por otra parte, la realidad existencial de esta entrega es presentada como inmolación en un esquema sacrificial (3).

Pasemos ya a considerar la peculiaridad del *sacrificio de Cristo*. "Todo Sumo Sacerdote está instituido para ofrecer dones y sacrificios; de ahí que necesariamente también El tuviera que ofrecer algo" (Heb 8,3; cf. 5,1). Ahora bien:

— Cristo no ofrece víctimas ni holocaustos, no practica en el templo ritos o ceremonias. Lo que El ofrece es el *sacrificio existencial de su propia vida* marcada al mismo tiempo por la debilidad humana y por la obediencia (Heb 4,15; 5,7-8; 9,12; 12,1-3): realizó "el sacrificio de sí mismo" (Heb 9, 26), "se ofreció a sí mismo" (Heb 7,27; 9,14; cf. Ef 5,2). El autor de la carta a los Hebreos considera toda su existencia terrena como un sacrificio de entrega total a la voluntad del Padre que culmina en la "oblación de su cuerpo" en la cruz (Heb 10, 5-10). En este sentido Jesús cumple el ideal de la obediencia a Dios en que había insistido la predicación profética.

— En varios pasajes del Nuevo Testamento aparece la muerte de Cristo encuadrada en un esquema sacrificial-ritual, es decir, como sustitución de los antiguos ritos y llevando a su perfección lo que éstos intentaban pero eran incapaces de realizar. Así Heb 9, 11-14 ve cumplida en Cristo la liturgia judía del gran día de la expiación, descrita en el capítulo 16 del Le-

---

(3) Para un conocimiento más detallado de la historia bíblica del sacrificio antes de Cristo, cf. J. ALONSO, a.c., 70-73.

vítico. Según Rom 3, 24-26 su sangre ha llevado a cabo lo que aquellos ritos no podían conseguir.

– En contraste con los sacrificios de la Antigua Alianza, indefinidamente repetidos porque eran incapaces de procurar la salvación (Heb 10,1-4), el sacrificio de Cristo es un acontecimiento único e irrepetible: “Mediante una sola oblación ha llevado a la perfección para siempre a los santificados” (Heb 10, 11-14). Por eso, realizado “de una vez para siempre” (*ephapax*: Heb 7,27; 9,12.24-28; 10,10), no necesita ni admite repetición.

– No borra el pecado mediante sangre ajena, sino con la propia sangre de Cristo. De ahí su eficacia absoluta y definitiva (Heb 9,12-14; 10,14).

– La aceptación del sacrificio de Cristo por el Padre se ha revelado en la resurrección, en la ascensión, y en la misión del Espíritu. Estos misterios completan el sacrificio de la cruz y lo eternizan en el santuario celeste, es decir, en la presencia de Dios (Heb 9).

De la peculiaridad del sacrificio de Cristo brota la *originalidad de su sacerdocio*:

1) Desaparece la distinción entre sacerdote y víctima: Cristo ofrece al Padre el sacrificio de *sí mismo*.

2) Se cumple en él la realidad a la que el sacerdocio clásico apuntaba, a saber, la relación y reconciliación con Dios; pero al margen de todos los ritos y prácticas cultuales de las que el mundo estaba saturado. El sacrificio, función específica del sacerdocio, es en este caso *existencial*: la entrega obediente a Dios de la propia vida en favor de los hombres. He aquí la esencia del sacerdocio y del culto cristiano.

Quien, desde lo legal-religioso era un laico, el que no desempeñaba ninguna función en el culto de Israel, era el único Sacerdote verdadero. Su muerte, que históricamente era un acontecimiento profano –la condena de un criminal político– fue en realidad la única liturgia de la historia humana; fue liturgia cósmica por la que Jesús entró en el templo real, es decir, en la presencia de Dios, no en el círculo limitado de la escena cültica, en el templo, sino ante los ojos del mundo. Por su muerte no ofreció cosas, sino que se ofreció *a sí mismo* (Heb 9,11s).

Observemos la transformación operada en la carta a los Hebreos, que es al mismo tiempo el núcleo de la misma: lo que considerado terrenamente era un acontecimiento profano, era el verdadero culto de la humanidad, ya que, quien eso hizo, rompió el espacio de la escena litúrgica y se entregó a sí mismo. A los hombres les arrebató de las manos las ofrendas sacrificiales y en su lugar ofreció su propia personalidad, su propio yo. Nuestro texto afirma, sin embargo, que Jesús ofreció *su sangre* con la que realizó la justificación (Heb 9,12). Pero esa sangre no hemos de concebirla como un don material, como un medio de expiación cuantitativo, sino simplemente como la concreción del amor del que dice Juan que llega hasta el fin (Jn 13, 1). Es expresión de la totalidad de su don y de su servicio; es encarnación del hecho de que se entregó, ni más ni menos, a sí mismo. El gesto de amor que todo lo da, fue, según la carta a los Hebreos, la verdadera reconcilia-

ción cósmica, la verdadera y definitiva fiesta de la reconciliación. Jesucristo es el único culto y el único Sacerdote que lo realiza...

Ya se pueden ofrecer a Dios hecatombes de animales en todos los lugares del mundo; no los necesita, porque todo eso le pertenece y porque al Señor de todo no se le puede dar nada, aun cuando el hombre quemase sacrificios en su honor... El *sí* humano sin reservas es lo único que puede constituir la verdadera adoración. A Dios le pertenece todo. Al hombre sólo le queda la libertad del sí o del no, del amor o de la negación; el *sí* libre del amor es lo único que Dios espera, la adoración y el sacrificio que únicamente tienen sentido (4).

3) Cristo se sacrificó cruentamente (*in re*) en el Calvario, sacramentalmente (*in mysterio*) en la Última Cena y en toda eucaristía que a partir de entonces se celebra en la Iglesia. ¿Deja a salvo esta ininterrumpida celebración la unicidad del sacrificio histórico que tuvo lugar en el Gólgota? Si la respuesta es afirmativa, ¿qué conexión existe entre el sacrificio eucarístico y el que tuvo lugar en la cruz una vez para siempre? La Eucaristía es *el sacramento (o la sacramentalización) del sacrificio de la cruz*, el acto por el cual éste —en su unicidad irrepitable— se hace presente y es aplicado a la Iglesia. En efecto, el *ephapax* de la oblación de Cristo no permanece como un punto estático (realidad de salvación) fijado en un momento histórico pretérito, del cual brote, como de fuente lejana, la salvación perenne de los hombres; sino que por la mediación pascual —ritual del sacramento es presencializado y actualizado de modo que la Iglesia de todos los tiempos pueda unirse a él. La investigación realizada por E. Quarello (5) nos permite constatar fácilmente cómo el sacrificio de la Misa va siendo situado cada vez más en la esfera sacramental. La actual orientación teológica ha sido influenciada de manera decisiva por la “*Doctrina de los Misterios*” de Odo Casel, quien ha contribuido poderosamente a que la teología sacramental en general, y la de la eucaristía en particular, considere el sacramento como la presencia dinámica (activa) o factor perenne de actualización de la “*Historia salutis*”. De tal modo que la misma presencia real —justamente retenida siempre como elemento constitutivo de la eucaristía— cambia de perspectiva. Viene a referirse directamente no ya a la persona de Cristo sino a su acción sacerdotal en cuanto *evento de salvación*, haciendo así del *ephapax* del acto redentor una realidad presencializada y actualizada por el sacramento (6). La eucaristía como Memorial (en el sentido técnico del

(4) J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Salamanca 1971, 248-250.

(5) E. QUARELLO, *Il sacrificio di Cristo e della Chiesa. Rassegna e riflessioni su posizioni recenti*, Ed. Queriniana, 1970.

(6) Dicho en otras palabras: no se trata de la presencia real, sin más, sino de la presencia *sacrificial oblativa* del cuerpo y sangre de Cristo. Ver sobre este punto S. MAR-

término) dice relación esencial, tanto al pasado, al misterio redentor, del cual es la anámnesis o re-presentación objetiva, como al presente: se actualiza para ser aplicado aquí y ahora a la Iglesia. Sin esta aplicación, la actualización carecería de sentido.

Este enfoque nos sitúa en la misma línea señalada en el n. 2: La celebración eucarística es el rito que simboliza y realiza (presencializándolo) a través de los tiempos el sacrificio *existencial* de Cristo.

El sacrificio y el sacerdocio de Cristo son por lo tanto un sacrificio y un sacerdocio enteramente originales (7).

## 1.2. Función real-existencial del sacerdocio común

El sacerdocio de los fieles es polivalente. Comprende dos aspectos fundamentales íntimamente relacionados entre sí: uno designado en las fuentes con el título de "espiritual", equivalente a lo que nosotros llamamos "existencial", y otro de índole litúrgica que culmina en la celebración eucarística. Ambos aspectos pertenecen al fondo tradicional de la teología y de la vida de la Iglesia, si bien el segundo tardó más en explicitarse. Comenzamos nuestro estudio por el primero.

En el Nuevo Testamento los términos cultuales designan —fuera de los pasajes en que son aplicados a la religión judía— el sacrificio existencial de Cristo o el culto también existencial (no ritual) de los cristianos, es decir, el que se tributa a Dios con la propia vida. Tal es el empleo de los vocablos: *latreúo-latreía*; *leitourgô-leitourgía*; *thysía* (sacrificio); *prosforá* (oblación), etc. (8). Veamos algunos ejemplos:

---

SILI, OSB, *Memoriale-anamnesi nella Preghiera Eucaristica*: Notitiae (órgano de la Sagrada Congregación para el Culto Divino) 9 (1973) 225-227. En la humanidad de Cristo, plenamente divinizada en la resurrección, ha quedado eternizada la oblación del Calvario. Cristo glorioso y su acción salvífica han adquirido una duración supratemporal que no está sometida a las leyes del espacio y del tiempo. Por eso precisamente la oblación celeste, que es la misma de la cruz, no se repite. Se repite el signo sacramental, es decir, la acción de la Iglesia mediante la cual el Señor glorificado da expresión temporal y visible (sacramentaliza) a su eterna e invisible oblación celeste. Cf. J. ALFARO, *Las funciones salvíficas de Cristo como Revelador, Señor y Sacerdote*: MS III/1, 750 s.

(7) Los estudios sobre el sacerdocio de Cristo son numerosos, tanto los monográficos como los incluidos en los comentarios a la Carta a los Hebreos. Merecen destacarse las publicaciones de A. VANHOYE, S.J., uno de los grandes especialistas en la materia. Nos abstenemos de referencias concretas porque no tratamos directamente este tema. Nos basta con la síntesis expuesta para explicar desde el sacerdocio de Cristo la naturaleza del sacerdocio común de toda la Iglesia.

(8) cf. S. LYONNET, "*Deus cui servio in spiritu meo*" (Rom 1,19).— *De cultu spirituali in NT*: VerDom 41 (1963) 52-59.

**Flp 2,17:** Pablo considera la vida cristiana inspirada por la *fe* como sacrificio (*thysía*) y servicio cultural (*leitourgía*). Los fieles mismos son los oferentes de este sacrificio espiritual sobre el que el apóstol está dispuesto a verter como libación su propia sangre.

**Flp 4,8:** Las obras de *caridad* de los Cristianos de Filipos son "olor fragante (olor de suavidad: giro aplicado frecuentemente a los sacrificios del AT), sacrificio que Dios acepta con agrado". Del mismo modo se considera en **Heb 13,16** la beneficencia y la comunión de bienes.

**2 Cor 9,12:** La *colecta* en favor de los hermanos necesitados es la prestación de un servicio sagrado (*leitourgías*).

**Heb 13,15:** exhorta a tributar a Dios el sacrificio de *alabanza*, fruto de los labios que confiesan su nombre, el cual puede ser ofrecido ininterrumpidamente; no como los antiguos sacrificios materiales, limitados a un determinado tiempo y lugar.

**Rom 1,9:** La *predicación del evangelio* es un acto de culto espiritual (ver el texto griego) tributado a Dios.

**Rom 15,16:** presenta el *apostolado* como una liturgia. A San Pablo le ha sido dada la gracia de ser "liturgo" de Jesucristo entre los gentiles y "*ierourgoúnta*" (el que desempeña una función sacerdotal) al servicio del evangelio. El apóstol ofrece a Dios, no víctimas de animales, sino hombres que se convierten por su ministerio en "*prosforá*" (oblación) agradable santificada por el Espíritu. En ellos se lleva a cabo, no simbólica sino realmente, el retorno de Dios, fin de todo sacrificio (9).

**Rom 12,1:** exhorta San Pablo a los cristianos a ofrecerse a sí mismos como hostia (*thysía*) viva, santa, agradable a Dios; tal es el culto (*latreía*) espiritual que deben practicar. Todo el texto tiene un sentido litúrgico. Están presentes los dos elementos esenciales del sacrificio: el oferente y la víctima. En este caso, lo mismo que en la inmolación de Cristo, el cristiano es a la vez sacerdote y víctima: ha de ofrecer *toda su existencia* en un acto sacerdotal y sacrificial al mismo tiempo.

Vamos a fijar un poco más nuestra atención en este último texto. Al cristiano no se le piden ofrendas muertas (víctimas sacrificadas), sino una única ofrenda viviente: la de su existencia corporal. San Pablo utiliza el vocablo *sôma*, que designa toda la persona en su dimensión concreta, externa y social: el cuerpo es la condición de posibilidad de la relación interpersonal humana (10). Hay en Rom 12,1 otras tres palabras clave: *thysía*, *latreía*, *logiké*. J. Behm concluye así su estudio sobre los datos neotestamentarios concernientes al vocablo *thysía*: "El ofrecimiento completo de sí mismo, de la propia voluntad y del propio obrar a Dios, he ahí el nuevo sentido del sacrificio en la carta a los Hebreos, en Pablo y en 1 Petr" (11).

(9) Cf. A.M. DENIS, *La fonction apostolique et la liturgie nouvelle en esprit*: Rev ScPhTh 42 (1958) 401-436. 617-656.

(10) Cf. A. GRABNER-HAIDER, *Zur Kultkritik im Neuem Testament*: Diakonia 4 (1969) 138-146. Un resumen del artículo puede verse en *Selecciones de Teología*, n. 37 (1971) 60-64. Nuestra cita está tomada de la p. 61 s.

(11) J. BEHM, *thyo, thysía, thysiastérion*: ThWNT 3, 186.



Sobre el significado de *latreía* escribe H. Strathmann: "Según Rom 12,1 el culto que deben practicar los cristianos consiste en una configuración tal, tanto de su interioridad más profunda como de su obrar, que se distinga claramente del mundo y corresponda a la voluntad de Dios... Este es el sacrificio viviente que ellos deben ofrecer... En esta interiorización, que es al mismo tiempo la extensión más abarcadora ("die umfassendste Ausweitung") y que asume el principio profético de Dt 10,12 ss, llega a su término la historia bíblica del concepto cultural de *latreía*. La frase de Rom 12,1 es su coronación" (12). El adjetivo *logiké* expresa la espiritualización en la esfera cultural. Para los paganos y aun para los judíos, el don exterior, en el que casi siempre debía correr la sangre, era lo principal. Se creía que la cantidad, la magnitud del don, podía influenciar a la divinidad. Los primeros cristianos ponían gran cuidado en especificar aquello en que su sacrificio se diferenciaba de todos los demás. Su oblación era espiritual (*logiké*: conforma al "logos") en el sentido de que lo esencial era la actitud interior de adoración en espíritu y en verdad, manifestada en la vida santa, en la alabanza y en la acción de gracias. Los elementos sensibles son pura expresión o símbolo de la voluntad entregada a Dios (13). La vida cristiana es un culto espiritual no sólo en contraposición a los sacrificios rituales de cosas externas, ajenas al hombre mismo, sino también porque toda ella debe estar iluminada e impulsada por el Espíritu, presente y operante en el cristiano (14). Es exactamente lo que en 1 Pe 2,5 se define con la expresión

---

(12) J. STRATHMANN, *latreía*: ThWNT 4, 65 s.

(13) J. A. JUNGSMANN, *La liturgia des premiers siècles*, Paris 1962, 80.

(14) Cf. G. SCHRENK, *logikós*: ThWNT 4,146; J. BEHM, a.c.: ThWNT 3, 185. El estudio más completo de Rom 12,1 es la obra de PHILIPP SEIDENSTICKER, O. F.M. *Lebendiges Opfer (Röm 12,1). Ein Beitrag zur Theologie des Apostels Paulus* (Neutestamentliche Abhandlungen, B XX, 1/3. Aschendorffsche Verlangsbuchhandlung), Münster West, 1954. La investigación se divide en tres partes:

I.— La religión mítico-cúltica de los griegos y la "*logiké thysía*".

II.— La religión ético-cúltica de los israelitas y la llamada piedad profética.

III.— El sacrificio de Jesucristo y su relación con la "*logiké latreía*".

En el cap. 8 de esta tercera parte se considera la muerte de Cristo como realidad salvífica cultural ("Der kreuzestod Jesu als kultische Heilswirklichkeit"), y más concretamente, como sacrificio ("Die Selbsthingabe Christi als Opfer"). Desde esta óptica se enfoca finalmente en el cap. 10 el tema sobre *El culto sacerdotal de los cristianos*. El resumen de toda la obra, expresado ya en el título de la misma, se recoge al final en las siguientes palabras (p. 329):

"Wir haben unsere Arbeit 'Lebendiges Opfer' überschrieben. In diesem Begriff ist der Gesamtinhalt des ntl. Kultusbegriffes enthalten. Lebendig durch das Leben Christi, ist der Gläubige in der Kirche mit Christus zu einer Gemeinschaft des Opfers und des Priestertums verbunden und ist wie er und durch ihm: Priester und Opfer zu-

“pneumatikàs thysías”: sacrificios realizados bajo la inspiración o el influjo del Pneuma divino (15).

En última instancia se trata no sólo de ofrecer algo, sino de ofrecerse a *sí mismo*. De la entrega viva a Dios brotará la actitud de servicio a los hombres. El verdadero culto cristiano se da allí, y sólo allí, donde el acontecimiento de Cristo, la entrega total al Padre en favor de sus hermanos los hombres —*su existencia para los demás*— sigue adelante en la historia humana.

Lo cual no excluye el culto litúrgico propiamente dicho. Este lo encontramos ya atestiguado en 1 Cor 11, 17-34, que es el testimonio más antiguo que poseemos acerca de la institución de la eucaristía y de la celebración de la misma en la Iglesia. Aun antes de que se escribieran los evangelios, se predicaba y se vivía la liturgia eucarística, recibida de la tradición proveniente del mismo Señor (16). A la comunión del cuerpo y de la sangre de Cristo se refiere igualmente 1 Cor 10, 16-22. Ambas perícopas se explican y completan mutuamente. Por otra parte, el libro de los Hechos menciona varias veces la “fracción del pan” que se celebraba en la comunidad primitiva (Hch 2,42.46; 20, 7.11). La mayoría de las investigaciones recientes concluyen que se trata de una expresión eucarística debida a la ley del arcano. En el mismo sentido se encuentra en los Padres apostólicos. La fracción del pan es una nota característica de la nueva comunidad cristiana unida estrechamente con los apóstoles y entre sí en torno a la mesa del Señor (17).

---

gleich. Paulus nennt diese geoffenbarte Wirklichkeit ein Mysterium (vgl. 1 Cor 2,1; 1,23; 2,6-8; Col 1,2; 1,26ss; 4,3, Ef 3,4)“.

Del mismo tema se ha ocupado posteriormente, pero sin limitarse a Rom 12,1 sino extendiendo la investigación a todo el pensamiento de San Pablo, y desembocando en las mismas conclusiones, R. CORRIVEAU, *The Liturgy of Life. A Study of the Ethical Thought of St Paul in his letters to Early Communities*, Montréal-Bruxelles-Paris, 1970.

(15) A este pasaje de la primera Carta de Pedro dedica un minucioso estudio A. FEUILLET, *Les “sacrifices spirituels” du sacerdoce royal des baptisés*, (1 P 2,5): *NouvRevTh* 96 (1974) 704-728. Situándolo dentro del contexto general de la carta, remontándose a las preparaciones veterotestamentarias de los “sacrificios espirituales”, y comparando Rom 12,1 con 1 Pe 2,5, el autor concluye que se trata aquí del mismo culto auténtico al que se refiere San Pablo en ese texto de la Carta a los Romanos. Veáanse concretamente, en el citado artículo de Feillet, las páginas 709 y 712.

(16) Como es sabido, la primera Carta a los Corintios es cronológicamente anterior a los cuatro evangelios canónicos.

(17) Cf. J. A. JUNGSMANN, S.J., *El sacrificio de la Misa* (BAC 68), Madrid 1951, 31 ss.

No obstante, queda en pie la afirmación de que los términos que en el lenguaje religioso se empleaban para designar los actos rituales del culto, se aplican en el Nuevo Testamento a la existencia real del cristiano. Esta transposición de términos del plano ritual al existencial parece ya indicar que el sacerdocio común tiene como finalidad —a la que debe servir el culto litúrgico propiamente dicho— la oblación a Dios de la propia vida.

La noción clásica de S. Agustín acerca del sacrificio y del sacerdocio de Cristo y de los cristianos corresponde exactamente a la noción bíblica que acabamos de exponer (18). Comentando en otro lugar el pasaje del profeta Miqueas (6, 6-8), el Doctor de Hipona resume en una frase densa y concisa el sacrificio que Dios pide al hombre: "Quaerebas quid offerres pro te: offer te. Quid enim Dominus quaerit a te, nisi te?" (19).

Como síntesis del pensamiento patrístico acerca de nuestro tema transcribimos el siguiente pasaje de San Pedro Crisólogo († 450):

Pero escuchemos ya lo que nos dice el Apóstol: Os suplico, dice, que os ofrezcáis vosotros mismos. Al rogar así el Apóstol eleva a todos los hombres a la dignidad del sacerdocio: para que os ofrezcáis a vosotros mismos como sacrificio vivo.

¡Oh inaudita riqueza del sacerdocio cristiano: el hombre es a la vez sacerdote y víctima! El cristiano ya no tiene que buscar fuera de sí la ofrenda que debe inmolar a Dios: lleva consigo y en sí mismo lo que va a sacrificar a Dios. Tanto la víctima como el sacerdote permanecen intactos; la víctima sacrificada sigue viviendo y el sacerdote que presenta el sacrificio no podría matar esa víctima.

Misterioso sacrificio en que el cuerpo es ofrecido sin inmolación del cuerpo, y la sangre se ofrece sin derramamiento de sangre. Por la misericordia de Dios, dice, os suplico que os ofrezcáis vosotros mismos como sacrificio vivo... Es lo mismo que ya había dicho el profeta: Tú no quieres sacrificios ni ofrendas; entonces yo digo: Aquí estoy.

Hombre: procura, pues, ser tú mismo el sacrificio y el sacerdote de Dios. No desprecies lo que el poder de Dios te ha dado y concedido. Revístete con la túnica de la santidad... que tu oración arda continuamente como perfume de incienso, toma en tus manos la espada del Espíritu; haz de tu corazón un altar, y así, afianzado en Dios, presenta tu cuerpo al Señor como sacrificio.

---

(18) S. AGUSTIN, *De civit. Dei* 10,6: CCL 47,278 ss.

(19) S. AGUSTIN, *Serm.* 48,2,3: PL 38,317. Hay que advertir que en el lenguaje espiritual corriente se emplea la palabra "sacrificio" en un sentido restringido, para significar "lo que cuesta". Nuestro retorno a Dios debería entrañar un sentimiento de plenitud y de gozo, correspondiente a la suprema realización de nosotros mismos. Pero el desorden introducido por el pecado hace que consideremos el propio yo de una manera egoísta como centro de referencia, y es la causa de que el impulso hacia arriba, el sacrificio, exija un despego doloroso y sea ordinariamente lo que cuesta.

Dios te pide la fe, no desea tu muerte; tiene sed de tu entrega, no de tu sangre; se aplaca, no con tu muerte, sino con tu buena voluntad (20).

La doctrina patrística ha pasado a la Suma Teológica de Santo Tomás (21). El Vaticano II, haciéndose eco de la tradición genuina de la Iglesia desde los primeros siglos (22) afirma repetidas veces que Cristo hace a todos los fieles partícipes de su sacerdocio con el fin de que ejerzan el culto ofreciendo a Dios *todas sus obras como sacrificios espirituales*, y para que se ofrezcan *a sí mismos* como hostia viva, santa, agradable a Dios, haciéndole *la oblación de la propia vida* (LG 10; AA 3; PO 2,1.4; PO 5,3). Quizá no se haya advertido suficientemente que el acento se pone en "todas" las actividades del laico cristiano, las cuales si se realizan en el Espíritu (es decir, si están informadas por la vida teologal) constituyen el verdadero culto del Nuevo Testamento:

Por lo cual los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, tienen una vocación admirable y son instruidos para que en ellos se produzcan siempre los más abundantes frutos del Espíritu. Pues todas sus obras, las oraciones y proyectos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso del alma y del cuerpo, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida si se sufren pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo (cf. 1 Petr 2,5), que en la celebración de la eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor (LG 34).

Esta perspectiva, eminentemente bíblica, suprime la dicotomía que se había introducido entre lo "sagrado" (la celebración eucarística y demás prácticas religiosas realizadas durante la jornada) y las actividades seculares (las dedicadas a la familia, a la profesión, al descanso, etc) que quedaban relegadas al ámbito de lo "profano". La doctrina conciliar permite dar una

---

(20) SAN PEDRO CRISOLOGO, *Serm.* 108: PL 52, 499-500.

(21) *STh* 3 q. 22 a. 2 (sobre el sacerdocio de Cristo); *STh* 2.2. q. 85 a. 2-3 (acerca de los sacrificios).

(22) Los cristianos de los primeros siglos eran muy conscientes de pertenecer en virtud del bautismo a un pueblo sacerdotal. La dimensión sacrificial de la vida cristiana ocupa un lugar destacado en la literatura de aquella época. La oblación a Dios de la propia existencia constituía el rasgo característico del sacerdocio de los fieles. Dentro de ella se inscribía el martirio como coronamiento y expresión suprema de la vida de fe y de caridad. Tales son las líneas generales del estudio de R. JACOB, *Le Martyre, épanouissement du sacerdoce des chrétiens dans la littérature Patristique jusqu'en 258*: *MéScRel* 24 (1967) 57-83.

unidad profunda a la propia vida, de modo que toda ella - y no sólo una parte de la misma cuantitativamente mínima— sea auténticamente cristiana y se convierta en *verdadero culto* aceptable a Dios por Jesucristo.

### 1.3. Función litúrgico-sacramental del sacerdocio común

¿Se presenta en el Nuevo Testamento el sacerdocio de los fieles relacionado con el culto litúrgico propiamente dicho, especialmente con la eucaristía? Los exégetas no están de acuerdo sobre este punto. La mayor parte interpreta el texto de 1 Pe 2, 4-10 únicamente en el sentido que acabamos de explicar en el apartado anterior. De la misma opinión es el teólogo Congar (23).

Sin embargo, algunos exégetas modernos estiman que los "sacrificios espirituales" de que habla S. Pedro aluden también al sacrificio eucarístico y, por consiguiente, que el sacerdocio común está en estrecha relación con la eucaristía. Así, por ejemplo, P. Daquino, M.E. Boismard y A. Feuillet (24).

Con respecto a Heb 13,15 no faltan tampoco quienes, considerando todo el contexto de la carta —la cual trata de mostrar la superioridad del sacerdocio de Cristo y del culto cristiano sobre el sacerdocio y el culto judío— y teniendo en cuenta que la expresión "sacrificio de alabanza" significa en el Levítico y en los Salmos el sacrificio "pacífico" hebreo, sostienen que el pasaje citado tiene un alcance eucarístico. Por tanto, los cristianos, que ofrecen comunitariamente ("ofrezcamos") el sacrificio de alabanza, serían también por este capítulo sacerdotes.

En conclusión, sólo una cierta probabilidad cabe afirmar que en la primera carta de Pedro y en la carta a los Hebreos se trata de un sacerdocio común vinculado a la eucaristía (25).

---

(23) YVES M.—J. CONGAR, *Jalones para una Teología del laicado*, Barcelona 1961, 155 s.

(24) P. DACQUINO, *Il sacerdozio del nuovo popolo di Dio e la prima lettera di Pietro*, en *S. Pietro.— Atti della XIX Settimana Biblica*, Brescia 1967, 301-309; M.E. BOISMARD, *Pierre, (Première Epître de)*: DBS 7 (1966) 1439: "En résumé, il semble difficile de ne pas reconnaître en 1 Pe 2,2-5 et 2,9-10 des allusions à la célébration eucharistique qui suivait la cérémonie baptismal"; A. FEUILLET, a.c. (nota 15), p. 727.

(25) Cf. G. DE ROSA, S.J., *Il sacerdozio comune dei fedeli nel Nuovo Testamento*: CivCatt 123 (1972) 353-357.

Si consideramos ahora la tradición de la Iglesia, en la era Patrística y en la Edad Media nos encontramos con dos corrientes de pensamiento. La mayor parte de los Padres y de los teólogos entienden el sacerdocio común únicamente en función del culto existencial, tal como lo hemos descrito más arriba. Al lado de ésta, existe otra corriente que lo considera además vinculado a la eucaristía: los fieles tienen la prerrogativa de ofrecer juntamente con el sacerdote la Víctima divina, conforme a las palabras del Canon romano: "Vel qui tibi offerunt hoc sacrificium laudis". "Los cristianos —escribe S. Agustín— celebran la memoria del sacrificio realizado por Cristo, con la santa oblación y con la participación en el cuerpo y la sangre de Cristo" (26).

Todavía después del Concilio de Trento se advierte la tendencia a reducir el sacerdocio de los fieles a la oblación de sacrificios espirituales: obras de virtud, súplicas, alabanzas, acciones de gracias, ofrecimiento de sí mismo como holocausto a Dios. No obstante, se va abriendo paso cada vez más la idea de que el sacerdocio común alcanza su punto culminante con la participación en el sacrificio de la Misa. Con J.A. Moehler se llega a una mayor profundización de la conciencia de la Iglesia como comunidad sacerdotal que en su totalidad ofrece el sacrificio de Cristo; de ahí la insistencia de teólogos posteriores, como M.J. Scheeben y M. de la Taille, sobre la participación activa de los fieles (27).

El desarrollo de la teología de la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo y el de la Liturgia como culto público y comunitario de todo el Cuerpo místico, a saber, de la Cabeza y sus miembros, contribuyeron eficazmente a iluminar el aspecto litúrgico-sacramental del sacerdocio común. Basta recordar dos importantes documentos del Magisterio: las encíclicas "*Miserentissimus Redemptor*" de Pío XI (1928) y sobre todo la "*Mediator Dei*" de Pío XII (1947).

El Concilio Vaticano II considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Cristo Cabeza, el cual asocia siempre consigo a su Cuerpo Místico, de modo que toda acción litúrgica es obra de Cristo Sacerdote y de su cuerpo sacerdotal que es la Iglesia (SC 7). Y exhorta a los fieles a aquella participación plena, consciente y activa que exige la naturaleza misma de la liturgia, y a la cual tiene derecho y obligación, por razón del bautismo, el pueblo cristiano "linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa, pueblo

---

(26) S. AGUSTIN, *Contra Faust. Manich*, 10,18: PL 42,383.

(27) Cf. G. DE ROSA, S.J., *Il sacerdozio comune dei fedeli nella tradizione della Chiesa*: CivCatt 123 (1972) 538-546.

adquirido" (1 Pe 2,9; cf. 2, 4-5: SC 14). El pueblo de Dios sacerdotal orgánicamente estructurado, ejerce litúrgicamente su sacerdocio con la participación en los sacramentos y la oblación de la eucaristía (LG 10.11). Para no alargar demasiado este artículo prescindimos ahora de los demás sacramentos y nos limitamos a considerar la participación de los fieles en la celebración eucarística, puesto que:

La celebración de la Misa, como acción de Cristo y del pueblo Dios ordenado jerárquicamente, es el centro de toda la vida cristiana para la Iglesia universal y local y para cada uno de los fieles. Pues en ella culmina la acción con que Dios santifica en Cristo al mundo, y el culto que los hombres tributan al Padre adorándole por medio de Cristo, Hijo de Dios... Todas las demás acciones sagradas y cualesquiera obras de vida cristiana se relacionan con ésta, proceden de ella y a ella se ordenan (28).

1) *La Oración de los fieles* (29), que pertenece a la estructura propia de la celebración, es la intercesión sacerdotal del pueblo de Dios jerárquicamente organizado con sus diversos ministerios. Por eso la Iglesia hace que intervengan en ella: el sacerdote celebrante, al que corresponde invitar a los fieles a orar con una breve monición, dirigir las súplicas y concluir las con una oración; el diácono (si está presente), el lector u otro, que recita las intenciones; la asamblea entera, que participa con una invocación común pronunciada después de cada intención o con la oración en silencio (IGMR 45-47.132).

2) Durante la *Plegaria eucarística* se ejerce el sacerdocio común en la aclamación inicial, cantando o recitando el "Sanctus" juntamente con el sacerdote, y en la doxología final que se rubrica y concluye con la aclamación "amén" de todo el pueblo. Pero se ejerce primaria y principalmente con la oblación por la que la Iglesia, sobre todo la reunida aquí y ahora, ofrece al Padre la Víctima divina; y puesto que la Cabeza es inseparable de su Cuerpo místico, al ofrecer a Cristo, la Iglesia se ofrece a sí misma con El

---

(28) *Institutio Generalis Missalis Romani*, n. 1. El documento forma parte a manera de proemio del nuevo Misal aprobado por la Constitución Apostólica "*Missale Romanum*" de Pablo VI el 3 de abril de 1969. En adelante lo citaremos con la sigla IGMR.

(29) La palabra "fieles", por su origen y de acuerdo con toda la tradición cristiana, no se opone a clérigos sino a infieles, a los no bautizados. Por tanto, no se trata aquí de la oración de los laicos, sino de la oración litúrgica por excelencia, aquella que hace "el pueblo santo de Dios congregado y ordenado bajo la dirección de los Obispos" (San Cipriano).

y por medio de El: "Quae, cum ipsius Capitis corpus sit, *seipsam per seipsum*, discit offerre".

Para comprender esta función oferente del sacerdocio bautismal, hay que recordar que el sacerdocio de Cristo puede ser participado de dos maneras: como poder de *actualizar sacramentalmente el sacrificio de la cruz*, actualización que tiene lugar durante la Plegaria eucarística en la Narración de la institución; y como poder de *ofrecerlo* a Dios una vez hecho presente en el altar. Cristo ha querido hacer partícipes de su sacerdocio bajo el segundo aspecto a todos los incorporados a él por el bautismo; y encomienda a algunos de entre ellos la misión específica de hacer presente en la eucaristía su sacrificio, dando así a todos los bautizados la posibilidad de co-ofrecer la Víctima divina (es decir: de presentarla como obsequio de adoración, acción de gracias, e impetración al Padre) y de ofrecerse a sí mismos en unión con ella (30). Existe, pues, en la Iglesia, además del sacerdocio común, un sacerdocio ministerial instituido por Cristo para servicio de todo el pueblo de Dios. "Sólo el sacerdote puede actuar *'in persona Christi'* (i.e., representando visiblemente a Cristo Cabeza, haciendo sus veces, obrando en su nombre) para presidir y realizar el banquete sacrificial, en el cual el pueblo de Dios se asocia a la oblación de Cristo". Esta afirmación del Documento del Sínodo de los Obispos de 1971 sobre *"El sacerdocio ministerial"* (1,4), recogida en el n.6 de la Declaración *"Mysterium Ecclesiae"*, no hace sino repetir y confirmar la doctrina tradicional del Magisterio anterior (31).

Por consiguiente, si el momento *consagradorio*, por el que la realidad profunda del pan y del vino se convierte en el cuerpo y la sangre del Señor, es función específica del sacerdocio ministerial, el momento *oblativo* es propio también del sacerdocio común. En él interviene el Cristo total: Cristo como Cabeza del Cuerpo místico, que se ofrece a Sí mismo, y sus miembros, los cuales "ofrecen" a Cristo y "se ofrecen" con El y por El al Padre

---

(30) Cf. G. DE ROSA, S.J., *Teologia del sacerdozio comune dei fedeli*: CivCatt 124 (1973) 137s.

(31) Baste citar, entre los últimos documentos, los siguientes más importantes: PIO XII, enc. *"Mediator Dei"*: AAS 39 (1947) 553; PIO XII, aloc. *"Magnificate Dominum"*: AAS 46 (1954) 669; *Concilio Vaticano II*: LG 14.28; PO 2.5.12; IGMR 10.48.60. "Tous les baptisés sans distinction participent activement à l'oblation eucharistique qui rend possible leur propre oblation. Eux aussi offrent le Christ en s'offrant eux memes avec lui. Mais il serait abusif de conclure de là que tout chrétien a le pouvoir d'operer la consécration eucharistique. Aucun texte du Nouveau Testament ne le suggère. Et dans le récits de la Cène l'ordre de reitérer le geste de Jésus (Lc 22,19; 1 Cor 24,25) ne s'adresse qu'aux apôtres, seuls présents au dernier repas de Jésus" (A. FEUILLET, a.c. (nota 15) p. 727).



por la salvación del mundo. Por eso, todas las fórmulas de las Plegarias eucarísticas que expresan la oblación están en plural: Ofrecemos. Y el sacerdote celebrante exhorta a los fieles a orar para que "esta sacrificio mío y *vuestro*" sea agradable a Dios (32).

3) La participación eucarística culmina en la comunión. El *altar del sacrificio* es también *la mesa* en la que se ofrece como banquete la Víctima, fruto del sacrificio. El Señor nos ordenó que comiésemos su cuerpo entregado y bebiésemos su sangre derramada, bajo las formas de pan y vino (LG 11; SC 47-55; IGMR 62).

#### 1.4. Relación entre ambas funciones

Siendo Jesucristo el único sumo Sacerdote y supremo mediador entre Dios y los hombres, por él tenemos acceso inmediato a Dios. Todos los creyentes han de ofrecer su sacrificio por medio de El (33). De esta manera no tienen que preocuparse, como los sacerdotes antiguos, de si será agradable a Dios. Saben de antemano que será aceptado por mediación de Cristo.

Ahora bien, la eucaristía es el sacramento en el que Cristo hace presente para la Iglesia la Pascua de su muerte y resurrección. Mediante la celebración eucarística nos unimos a su Pascua para pasar, o intensificar nuestro tránsito, de este mundo al Padre en la obediencia y amor del Hijo. Unimos a la de Cristo nuestra propia ofrenda, realizándose de este modo la oblación plena, el sacrificio total de la Iglesia; ya que sólo con la entrega de los miembros queda acabado y alcanza su fruto el sacrificio de la Cabeza.

Así, pues, el sacrificio *real-existencial* se halla íntimamente ligado al *litúrgico-sacramental*. Adquiere su valor de culto agradable a Dios sólo porque, y en la medida en que, va unido al de Jesucristo. De ahí la importancia que reviste para el cristiano la participación plena, consciente y activa en la eucaristía. No se trata de un acto religioso aislado del resto de la jornada y separado de la vida real; es, por el contrario, el centro y el vértice

---

(32) Para la enseñanza conciliar sobre este punto cf. LG 10.11. 34; SC 48; PO 5. Ver también la IGMR 54.55.62. La exposición doctrinal más completa acerca de la participación de los fieles en la eucaristía, y particularmente en la oblación, sigue siendo la de la encíclica "*Mediator Dei*": AAS 39 (1947) 552 ss. En ella se inspira fundamentalmente el Vaticano II que la cita varias veces, y la IGMR.

(33) La primera Carta de Pedro (1 Pe 2,5), San Pablo (Ef 2,18; 3, 12) y la Carta a los Hebreos (7, 25; 10,19 s) afirman explícitamente la necesidad de realizar el culto existencial, el ofrecimiento de sí mismo a Dios, *por medio de Jesucristo*. La razón es obvia: "*No hay más que un mediador* entre Dios y los hombres, un hombre, Cristo Jesús" (1 Tim 2,5).

en el que todo encuentra su unidad y significado (34); el punto hacia el que ha de gravitar la existencia entera y al que han de converger todas las obras del cristiano para convertirse en "sacrificios agradables a Dios por Jesucristo (cf. 1 Pe 2,5), que en la celebración de la eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor" (35).

Aquí es donde se inserta la doctrina de Santo Tomás sobre los caracteres sacramentales del bautismo, de la confirmación y del Orden, como participaciones —analógicas, y diferenciadas según los tres sacramentos— del sacerdocio de Cristo. El carácter es el que confiere el poder espiritual respecto de los sacramentos y en lo tocante al culto divino según el rito de la religión cristiana (36), y consiguientemente, el que capacita para ofrecer en la eucaristía la Víctima divina a Dios Padre y ofrecerse a sí mismo en unión con ella como hostia viva, agradable a Dios.

La Iglesia, que es ya el cuerpo de Cristo, todavía no lo es totalmente, sino que debe serlo cada vez más, integrándose sin cesar en el misterio de salvación realizado con plenitud solamente en la Cabeza. La acción sacramental es el momento cumbre de la mediación de Cristo, en el sentido de que el sacramento se realiza *para hacer la Iglesia*. La Eucaristía, en efecto, en cuanto sacramento del sacrificio de Cristo, no se agota sólo ni principalmente en que El sea ofrecido de nuevo al Padre, sino que se ordena a que *la Iglesia se ofrezca a sí misma con El y por El*. Es lo que expresa San Agustín cuando escribe que "toda la ciudad redimida, esto es, la comunidad de los santos, es ofrecida a Dios como *sacrificio universal* por el gran Sacerdote que se ofreció en la cruz por nosotros para que fuéramos el cuerpo de tan digna cabeza... La Iglesia, por el hecho de ser el cuerpo de esta cabeza, aprende a ofrecerse a sí misma por medio de El"; así se realiza "el más noble y excelente sacrificio, que somos nosotros mismos, ciudad de Dios: tal es el misterio que celebramos en nuestras oblações" (37).

---

(34) Cf. LG 11; SC 10; PO 5; IGMR 1.

(35) LG 34; cf. LG 11; SC 48; PO 2.5; AG 15. "Im Teilnehmen an dem Opferleib und dem Opferblut Christi in der Eucharistie ist der Gläubige im Vollsinn seiner Berufung dem Mittler gleichförmig geworden (Röm 8,29). Die Eucharistie ist Gipfelpunkt des christlichen Daseins im Opfer" (PH. SEIDENSTÜCKER, o.c., 279 ss.

(36) Exponemos en otro lugar el pensamiento del Doctor Angélico sobre este punto. Ver a este respecto las atinadas observaciones de J.M.— Y. CONGAR, *Bulletin de Théologie dogmatique*: RevScPhTh 33 (1949) 458 s.

(37) S. AGUSTIN, *De civit. Dei* 10,6.20; 19,23.

A esta luz adquiera su pleno sentido la celebración eucarística. La teología ha reconocido siempre desde San Agustín hasta Santo Tomás, no tanto después, que la realidad final (la "res" en el vocabulario técnico sacramental) a la que se ordena la eucaristía, no es el cuerpo sacramental de Cristo sino "La Iglesia-Cuerpo" de Cristo, en cuanto que el sacramento une al sacrificio de la cruz el de los cristianos, hechos hostia viva, santa, agradable a Dios (Rom 12,1). Algero de Lieja (†1130) ha escrito certeramente acerca de este *hacerse la Iglesia* en orden al Cristo total: "Ibi super altare non conficitur Christus nisi *conficitur universus*" (38).

Así pues, los dos aspectos del sacerdocio común se encuentran íntimamente relacionados entre sí: como miembros de la asamblea litúrgica nos ofrecemos con y por Cristo, completando el sacrificio *real-existencial* en el *litúrgico-sacramental*; y acto seguido, pasamos a dar toda su realidad a la eucaristía en el sacrificio existencial de la propia vida.

## 2. Razón de ser del sacerdocio ministerial

Al servicio de Cristo, mediador de una nueva alianza (Heb 8,6; 9,15), son constituídos "ministros de la nueva alianza" (2 Cor 3,6) que actualizan su presencia en todo tiempo y lugar. En esto consiste propiamente la función del sacerdocio ministerial: en ser *el sacramento de la mediación de Cristo*, es decir, el signo visible e instrumento del único Mediador, la manifestación de su presencia, a fin de que los cristianos puedan entrar aquí y ahora en contacto personal con El. En esta dirección se orienta la teología actual para determinar la especificidad o la "identidad" (como se dice hoy) del sacerdocio ministerial (39). La capacidad para ejercer dicha función no

(38) ALGERO DE LIEJA, *De sacramento corp. et sang. Domini*, 3,12. Un breve pero excelente trabajo sobre este tema ha sido publicado por S. MARSILI, OSB, *Offerta-Sacrificio nella Preghiera Eucaristica*: Notitiae (órgano de la Sagrada Congregación para el Culto Divino) 9 (1973) 231-237.

(39) Ver, por ejemplo, A. VANHOYE, *Sacerdoce commun et sacerdoce ministériel. Distinction et rapports*: *NouvRevTh* 97 (1975) 200 ss.; J.M.R. TILLARD, O.P., *La "qualité sacerdotale" du ministère chrétien*: *NouvRevTh* 95(1973)511; A. FEUILLET, a.c. (nota 15) 726. En el mismo sentido se expresa el Documento sobre *La apostolicidad de la Iglesia y la sucesión apostólica* de la Comisión Teológica internacional (sesión plenaria de 1973). Reproducimos el párrafo correspondiente del texto publicado en francés por "La Documentation Catholique" 13 (7 julio 1974) 614: "Le Christ a institué pour la constitution, l'animation et l'entretien de ce sacerdoce des chrétiens, un ministère, par le signe et l'instrumentalité duquel il communique à son peuple au cours de l'histoire, les fruits de sa vie, de sa mort et sa résurrection. Les premiers fondements de ce ministère ont été jetés dès la vocation des Douze... La fonction de ce ministère est essentielle à chaque génération de chrétiens. Il doit donc se transmettre à partir des apôtres par une succession ininterrompue".

es de origen humano sino divino (2 Cor 3,5); los ministros no actúan por su propia autoridad, sino como embajadores de Cristo (2 Cor 5,20).

Esta doctrina se encuentra claramente expresada en el Documento sobre "El sacerdocio ministerial" del Sínodo de los Obispos de 1971. Al hablar en el n. 4 de la primera parte del origen y razón de ser del ministerio jerárquico, dice textualmente:

Entre los diversos carismas y servicios, únicamente el ministerio sacerdotal del Nuevo Testamento, que continúa el ministerio de Cristo mediador y es distinto del sacerdocio común de los fieles por su esencia y no sólo por grado (cf. LG 10), es el que hace perenne la obra esencial de los apóstoles: en efecto, proclamando eficazmente el Evangelio, reuniendo y guiando la comunidad, perdonando los pecados y sobre todo celebrando la eucaristía, *hace presente a Cristo*, Cabeza de la comunidad, en el ejercicio de su obra de redención humana y de perfecta glorificación a Dios... Sólo el sacerdote puede *actuar \*in persona Christi\** para presidir y realizar el banquete sacrificial, en el cual el pueblo de Dios se asocia a la oblación de Cristo (cf. LG 28). El sacerdote es signo del designio previo de Dios, proclamado y hecho eficaz hoy en la Iglesia. El mismo *hace sacramentalmente presente a Cristo*, Salvador de todo hombre, entre los hermanos (el sobrado es nuestro)

La primera frase del párrafo transcrito se presta, sin embargo, a confusión. Se habla de "continuar el ministerio de Cristo mediador", lo cual pudiera entenderse en el sentido de que los sacerdotes son también mediadores. Ahora bien, el sacerdocio ministerial no constituye una mediación añadida a la de Cristo. Es únicamente "el sacramento" de esta mediación, que permanece única; al igual que la eucaristía no es un sacrificio añadido al de la cruz, sino —como hemos indicado anteriormente— *el sacramento del sacrificio de la cruz*: el Memorial en el que éste, en su unicidad irrepetible, se hace presente bajo ritos y símbolos, insertándose de nuevo cada vez en la trama de la Historia salvífica, a fin de que la Iglesia de todos los tiempos pueda entrar en comunión con él.

Por lo dicho se ve claramente que la diferencia entre el sacerdocio ministerial y el común es *esencial*, como afirma la Constitución conciliar LG 10 y lo repite el Documento del Sínodo de los Obispos de 1971: "licet essentia et non tantum gradu diferant". Solamente el primero, y no el segundo, es signo e instrumento de Cristo mediador.

### 3. Relaciones entre los dos sacerdocios

a) El ministerial no es el fin, sino el *medio* gracias al cual los fieles pueden unirse al sacrificio de Cristo de modo que, en Él y por Él, la oblación que como sacerdotes hacen de sí mismos, sea agradable a Dios. El ejercicio del sacerdocio común, en cambio, pertenece *al orden de los fines*, ya que consiste en la ofrenda permanente de la propia existencia al Padre por medio de Jesucristo (cf. Vaticano II: PO 2,4).

b) El sacerdocio ministerial se llama así precisamente por estar, por una parte, subordinado al de Cristo, y por otra, *al servicio* del pueblo de Dios sacerdotal. Sin el sacerdocio de Cristo carecería de contenido, sería un signo vacío, no representaría nada. Sin su relación de diaconía con respecto al sacerdocio común, no tendría finalidad alguna (40). Con todo, es indispensable. Sin él no podrían los fieles ponerse en contacto con Cristo mediador y transformar así su existencia en oblación aceptable a Dios. Prescindir de esta mediación sacramental implicaría no aceptar la economía de la Encarnación y la existencia de la Iglesia como Cuerpo de Cristo. El sacerdocio común *necesita*, en una palabra, el servicio del ministerial.

c) Se descubre así la dignidad, envuelta en humildad, del sacerdocio jerárquico. La dignidad, porque a través de él es Cristo mismo quien ejerce su mediación. La humildad, por un doble motivo: porque no puede nunca atribuirse a sí mismo, sino a la acción de Cristo, la eficacia de su ministerio; y porque toda su razón de ser es la diaconía o servicio pastoral de los fieles.

d) No hay que olvidar que el sacerdocio común no está exclusivamente reservado a los laicos. Como el mismo apelativo "común" indica, es propio de todo el Cuerpo de Cristo, de la Iglesia entera. También los obispos y presbíteros son llamados a ejercerlo. Hay que hacer aquí una distinción, teológicamente necesaria, y muy fecunda en orden a la vida espiritual del sacerdote. No todas sus actividades son *ministeriales*. Estas abarcan tres sectores:

---

(40) Para explicar la función diaconal (de servicio) del sacerdocio jerárquico y de toda la "Institución" eclesial, K. Rahner se vale de la comparación con un club de ajedrez. En definitiva, de lo que en él se trata es de que se practique bien el juego. Todo lo demás —estatutos, empleados, caja, presidente— es necesario; pero su única razón de ser es que se juegue al ajedrez. Los auténticos corifeos del club son sus mejores jugadores, y no el cajero o el presidente, que tal vez son ajedrecistas fracasados. Exactamente igual ocurre en la Iglesia. Lo que importa es que haya cristianos, es decir, hombres que creen y esperan, que saben llevar su cruz, que en la atmósfera helada de este mundo tienen la valentía de amar. Todo ministerio eclesial no tiene otro objeto que el de servir precisamente a la auténtica vida cristiana (Cf. K. RAHNER, *La gracia como libertad*, Barcelona 1972, 238 ss).

-- La celebración de la eucaristía y la administración de los demás sacramentos.

-- La proclamación de la palabra.

-- La dirección pastoral del pueblo de Dios.

Pero todas sus actividades deberían ser *sacerdotales*, a saber: un ejercicio responsable --de exigencias ilimitadas-- del sacerdocio común, que abarca la vida entera (cf. LG 34), y que debe por consiguiente impregnar también los mismos actos ministeriales. El ejercicio del ministerio episcopal o presbiteral ofrece así un campo privilegiado al ejercicio del sacerdocio común. Un ejemplo muy sencillo: un presbítero puede presidir diariamente la eucaristía --ser signo e instrumento de Cristo mediador que se ofrece al Padre y une a su oblación la de todos los fieles-- sin participar existencialmente en el misterio que celebra, sin traducirlo a la propia vida. Su actuación es ministerialmente válida: ejerce el sacerdocio ministerial, pero no ejerce apenas, o vive muy pobremente, su sacerdocio común (41). ¿No estará aquí, en la simbiosis o mutua relación *vivida* de ambos sacerdocios, por un mismo miembro de la Iglesia, lo "específico" de la espiritualidad sacerdotal (presbiteral)?

#### 4. Sacerdocio común y compromiso cristiano por la transformación del mundo

En su sacrificio Cristo une el amor a Dios y a los hombres; el amor a Dios se hizo efectivo en la entrega de su vida por ellos, abarcándolos a todos como hermanos en su entrega total de amor al Padre. Desde entonces todo hombre es "un hermano por el que ha muerto Cristo" (1 Cor 8,11; Rom 14,15). La oblación única, perfecta e irrepetible, cumplida en la cruz y perpetuada en la resurrección, es la que se actualiza y se hace visible en la acción eclesial eucarística. Hay que notar a este respecto que los enunciados cristológicos que presentan la muerte de Jesús como oblación de sí mismo a Dios "en favor" y "en lugar" de los hombres (Mc 10,45; Rom 5,6,8; Ef 5,2; 5,25; Gál 2,20; 1 Tim 2, 5 s) están en el centro de las fórmulas eucarísticas del Nuevo Testamento: "Esto es mi cuerpo que *se da por vosotros*" (Lc 22,19; cf. 1 Cor 11,24); "Esta es mi sangre de la Alianza *derramada por muchos*" (Mc 14,24; Mt 26, 28). Lo cual quiere decir que la opción fundamental, el acto compendiador de toda la existencia de Cristo en la tierra y definitivamente en la gloria del Padre, a saber, el don total de

---

(41) Cf. A. VANHOYE, a.c., p. 203 ss.

sí mismo a Dios por nosotros, constituye la realidad más honda de la eucaristía.

Los cristianos, como miembros del pueblo de Dios sacerdotal, participan en ella:

a) Uniendo su entrega personal a la oblación existencial de Cristo a Dios por los hombres.

b) Alimentándose con la víctima del sacrificio, que es Cristo mismo "Vida del mundo" (Jn 6,51). Al comer el "Pan de la vida" (Jn 6,35.48) se intensifica la comunión vital del creyente con Cristo y la unión de los creyentes entre sí por la participación de todos en la misma vida del Señor resucitado: la liturgia eucarística es el convite de la fraternidad de los hombres en Cristo.

Participar, pues, en la eucaristía —en su realidad profunda— es tomar parte en el sacrificio que Jesús hace de sí mismo por la salvación del mundo, y en el sacramento de la unidad y fraternidad humanas.

Comprenderemos ahora el sentido que la eucaristía tiene para el cristiano en su tarea de la construcción de un mundo más justo, ya que las obras del amor fraterno son ante todo las exigidas por la justicia. Si la participación en el culto litúrgico no implica *el culto existencial*, es decir, una vida cristiana que se resume en el amor a Dios cumplido en el amor *efectivo* a los hombres, tal participación no será adoración a Dios "en espíritu y en verdad" (Jn 4,24), sino una práctica farisaica, o cuando menos, un ritualismo vacío de contenido.

Después de haber analizado los diversos aspectos que constituyen la riqueza interior del misterio eucarístico, no será difícil comprender que la contribución del cristiano a la construcción del mundo consiste precisamente en plasmar en la existencia y en la acción el sentido profundo de la eucaristía, es decir: en hacer de la eucaristía vida, y de la vida eucarística... En la separación entre el culto litúrgico y el culto existencial está la enfermedad endémica y terrible del cristianismo convencional de tantos cristianos de nombre, que profesan la fe de Cristo y la niegan prácticamente en una vida dominada por el egoísmo hasta la violación de los derechos del prójimo y la explotación de los débiles. He aquí el contrasentido radical de la eucaristía (42).

Apolinar MORAN, S.J.

---

(42) Cf. ALFARO, J., *Eucaristía y compromiso cristiano por la transformación del mundo en Cristología y antropología*, Madrid 1973, 523 ss.